

Riesgo y ventura de la Monarquía

FERNANDO CHUECA

Teniendo en cuenta un afortunado título de Antonio Marichalar para su biografía del Duque de Osuna, titularé este modesto ensayo «Riesgo y ventura de la Monarquía».

La Monarquía ha empezado por ser la forma de gobierno más antigua que conocemos referida a nuestro mundo occidental, excepción hecha de viejos sistemas autocráticos orientales, sin entrar, claro está, en el mundo egipcio, mesopotámico, persa, indos-tánico o mongólico. Grecia y Roma son las creadoras de la República con sus agoras, pritaneos o senados, pero que poco tienen que ver con las repúblicas modernas salvo lo que supuso su prestigio sobre los modernos pensadores de la Ilustración.

Nosotros los occidentales empezamos a considerarnos herederos de los reyes godos que llegaron a reinar en España con Ataúlfo el año 412, que encabeza la lista famosa de los reyes godos que tanto nos costaba aprender en el bachillerato. Pero Ataúlfo reinó sólo cuatro días y Sigerico, que le siguió, ocho.

«Felipe II gobernó el mundo, alcanzó hermosos triunfos y no le faltaron tristes fracasos pero entre otras cosas edificó el monasterio de El Escorial que le representará siempre como un rey. Esto le salvará ante la historia»

En realidad, estos monarcas de origen germánico dominan España desde el año 412 hasta el 711 en que nos invaden las fuerzas de Tarik y Muza. Recaredo abjura del arrianismo y se establece desde el año 586 la existencia de una Monarquía ligada a la iglesia. A partir de Don Pelayo, que como dice el Compendio de la historia de España del padre Duchesne: «Desde un rincón de Asturias, D. Pelayo hizo a Espa-

ña volver de su desmayo», parece que la Monarquía se hizo hereditaria aunque esto se discute. De cualquier modo lo fue desde Alfonso I. Una Monarquía estrechamente unida a la Iglesia Católica y cuya sucesión se regía por herencia sanguínea quedaba entronizada en nuestro país, hasta Fernando VII, sin merma alguna de sus potestades. En el rey reside la única soberanía, y tendrá que venir la instauración del sistema parlamentario para que en esta soberanía participe el pueblo y se organice la soberanía compartida entre el rey y el pueblo a través de un parlamento cuyos miembros, elegidos por el pueblo, sean sus representantes.

A partir de este momento el edificio de la monarquía vacila. No quiere esto decir que no se logren vías de acuerdo como las alcanzadas el siglo XIX con el nacimiento de las monarquías constitucionales. El rey conservaba la sucesión hereditaria por la vía de la sangre, pero perdía la plena soberanía. Podía haberse dado lo contrario, el mantenimiento de la soberanía pero haberse transformado en monarquía electiva. Se podrá decir que eso es la República, una monarquía electiva. Sí, pero con una diferencia que el rey elegido podía serlo de por vida y no por un período más o menos largo, pero predeterminado.

De hecho, las cosas han ido por el camino susodicho: sucesión hereditaria, pero pérdida de soberanía. En nuestro caso, en España a través de la Constitución de 1978 no sólo existe una soberanía compartida, sino una soberanía no sólo menguada sino, por decirlo así, simplemente representativa.

Lo grave de una soberanía precaria es que la figura del rey se vacía de contenido, se des-

«La Monarquía por atavismo, por una estrecha vinculación a tradiciones que todavía pesan en el subconsciente de los hombres, por cerrar cualquier camino a la elección libre, quedando ésta condicionada a una sola línea genética, impide que pueblos volubles y tornadizos puedan lanzarse a la aventura»

poja de sustancia real y se convierte en un personaje al que se obliga, en gran medida, a la ociosidad. Luego nos quejamos de la vida que lleva un rey así reducido, pero no cabe duda que no tiene él la culpa, que a eso le han condenado los políticos actuales, con su afán de dominarlo todo. Hay que pensar si los reyes no están perdiendo afición a un oficio tan insustancial, con más vacaciones que ocupaciones. Si se dice que la ociosidad es la madre de todos los vicios no les empujamos al vicio.

Antes los reyes, entre otras cosas, sentían el orgullo de elevar grandes monumentos, símbolo y signo de su reinado. ¿Lo que han hecho Giscard d'Estaing o Mitterrand en París puede acaso soñar en hacerlo Don Juan Carlos I? El Príncipe Carlos de Inglaterra ama a su país, viaja, adora sus ciudades, piensa en el Londres de Sir Christopher Wren, quisiera intervenir en la suerte de su patrimonio nacional y sólo con que se atreva a dirigir un programa de televisión denunciando las atrocidades que se cometen contra ese patrimonio, es tildado de entrometido y casi de inconstitucional. ¿Es que se puede tener afición a un oficio tan falto de contenido sin preferirlo por una vida real y efectiva donde los logros y los fracasos sean de verdad, donde uno escoja su vida familiar y afectiva, su campo de actividad que le lleve a realizar algo suyo?

Felipe II gobernó el mundo, alcanzó hermosos triunfos y no le faltaron tristes fracasos, pero entre otras cosas edificó el monasterio de El Escorial que le representará siempre como un Rey. Esto le salvará ante la historia. ¿Las crisis de ciertas monarquías como la inglesa no son consecuencia de reyes insatisfechos, de personas cuyas vidas han perdido



D. Juan Carlos I encarna la más alta magistratura en cuanto a su persona y a su genealogía.

todo aliciente vital? Acaban siendo reyes ficticios que presiden actos, que inauguran exposiciones, que reparten medallas, que visitan hospitales, que invitan a comer a Jefes de Estado a los que no pueden prometerles nada porque no son ellos los que deciden, es decir, que acuden a todo aquello que los que mandan consideran una pérdida de tiempo. Creíamos que habíamos descubierto la pólvora con aquello de el rey reina pero no gobierna, pero creo que por este camino hemos ido muy lejos, llegando a privar a los reyes de

toda función sin darnos cuenta de que los reyes son también hombres. En esta situación, y vista la crisis de las monarquías, un pensamiento bastante simple consiste en decir que puesto que los reyes están tan devaluados más valdría prescindir de ellos y buscar de nuevo la salud en la República.

Pero ahora consideremos otro aspecto de la cuestión. La República tampoco es la panacea que resuelve el problema. Además, a los españoles nos ha ido muy mal con

las repúblicas. En el año 1873 se reunían las dos cámaras, bajo la presidencia de don Nicolás María Rivero, que por 258 votos contra 32 proclamó la primera República española, que no llegó a durar ni siquiera un año, once meses, y tuvo cuatro presidentes, Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar.

Castelar, además de su elevada talla intelectual, demostró ser el mejor gobernante de los cuatro presidentes que tuvo la República, pero cayó ante una votación adversa el 4 de enero de 1874. Salmerón arremetió contra él por considerar que frente a la grave situación por la que pasaba España, Castelar había utilizado procedimientos no democráticos. Por 20 votos cayó el gran tribuno que había perdido la confianza de la cámara. La Historia le recuerda como el mejor orador de los tiempos modernos, como historiador y escritor fecundo, pero estaba llamado a ser nuestro primer hombre de estado en el concierto de los Cavour, Disraeli, Gladstone. De la segunda República, la de 1931, fui ya testigo presencial y viví sus vicisitudes. Don Niceto Alcalá Zamora, primer presidente de la República, y casi único, pues Manuel Azaña apenas lo fue por estar el país en guerra, disolvió dos veces el Parlamento, como sus atribuciones se lo permitían, pero cuando lo hacía por segunda vez tenía que responder de su actuación ante el nuevo parlamento elegido. La segunda disolución dio paso al parlamento del frente popular que en lugar de agradecerle su actuación lo desautorizó y lo destituyó. ¡Paradoja de las veleidades y egoísmos de la política! Para mí, esta destitución de Alcalá Zamora me hizo perder todo el crédito que en su día otorgué a la República. Una República que no es capaz de ver cumplido el man-

dato de su primer presidente, me hizo pensar que nuestro país, con su carácter atrabiliario e inestable, con sus envidias y celos, con su incapacidad de anteponer el bien general a los intereses personales, no estaba hecho a la medida de respetar las leyes y el supremo bien de la patria, que más que otro sistema la República exige.

La Monarquía por atavismo, por una estrecha vinculación a tradiciones que todavía pesan en el subconsciente de los hombres, por cerrar cualquier camino a la elección libre, quedando ésta condicionada a una sola línea genética, impide que pueblos volubles y tornadizos puedan lanzarse a la aventura.

Por otra parte, el hombre que encarna la más alta magistratura, no la encarna en cuanto a su mera persona con sus virtudes y defectos, sus energías o flaquezas, sino que con él se arrastra toda una genealogía. Se dirá que esto ya no cuenta, ni para bien ni para mal, que esto ya es cosa pasada y que por ejemplo a Fernando VII nada le valía ser descendiente de Carlos V para que su prestigio o carisma refluyera sobre él. Al final Fernando VII era lo que era sin que para nada le valiera el crédito de sus ancestros. Si nos atenemos al pensamiento trivial y hasta lógico, la cuestión es así, pero existe otro pensamiento que podemos llamar mitológico, que abriga la posibilidad de esa transmisión potencial

que en cierto modo gravita sobre el monarca y que en la República no es posible por falta de continuidad. Por eso las grandes repúblicas buscan la manera de crear esa mitología. En mi último viaje a Washington, la ciudad se me presentó como una ciudad santuario llena de templos a los dioses de la República. Washington, Jefferson, Lincoln, es-

**«La Monarquía española
tiene una mitología
sorprendentemente rica
porque ha sido España un
pueblo que ha luchado
nacionalmente contra el
Islam, porque ha descubierto
y colonizado un continente,
porque ha derramado su
sangre por toda Europa»**



tan allí gravitando sobre toda la constelación de presidentes que fueron y que vendrán. La República no desdeña la mitología que por natural vinculación adorna a las monarquías y trata de crear la suya. Luego no es tan indiferente el hacerlo. La Monarquía española tiene una mitología sorprendentemente rica porque ha sido España un pueblo que ha luchado nacionalmente contra el Islam, porque ha descubierto y colonizado un continente, porque ha derramado su sangre por toda Europa y porque, a pesar de ciertas crisis dinásticas, su linaje o genealogía se ha mantenido con más continuidad que en otras partes.

En nuestra mitología son figuras excelsas Re-caredo, Pelayo, Sancho el Mayor, Alfonso VI, Fernando III, Alfonso X, los Reyes Católicos, Carlos V, Carlos III, y todos nos ayudan o debían ayudarnos en nuestro peregrinar, pues dan fuerza y vigor a nuestra Monarquía. También al último presidente de los Estados Unidos le fortalecen en su misión Washington, Jefferson, Lincoln o Kennedy, dioses ca-rismáticos que el pueblo tiene presente. Nuestros reyes que cada vez delegan en mayor medida la ofrenda al Apóstol Santiago, debían ir en peregrinación más frecuente a postrarse ante las tumbas de San Fernando en Sevilla, de los Reyes Católicos en Granada, de los monarcas de las últimas casas reinantes en El Escorial, aunque sólo fuera para que el pueblo sintiera la grandeza de la progenie de nuestros reyes, que la empieza a olvidar a fuerza de verlos ejerciendo costumbres livianas y perentorias. Buena es la cercanía al

«¿Nuestros reyes no podían haber participado con sus consejeros en plasmar las líneas directrices de un acontecimiento tan trascendente y lleno de resonancias históricas y culturales como la Exposición Iberoamericana de Sevilla, la Expo '92?»

pueblo, la confraternización y la campechanía pero con la obligación de subirse de vez en cuando al pedestal, algo que es incómodo pero necesario en su condición. Demos a los reyes algo más sustantivo que hacer que lo que hacen. Por ejemplo, ¿nuestros reyes no podían haber participado con sus consejeros en plasmar las líneas directrices de un acon-

tecimiento tan trascendente y lleno de resonancias históricas y culturales como la Exposición Iberoamericana de Sevilla, la Expo'92? ¿No podían haberle dado un contenido más acorde con lo que trataban de conmemorar y no dejarla sólo reducida a una feria tecnológica de una tecnología en su mayoría extranjera? ¿Hubo en este caso un concierto de opiniones presidido por el rey?

En Francia, Pompidou, Giscard, Mitte-rrand, siendo presidentes de la República, actuaron como reyes, pero nuestros reyes, privados por el ejecutivo de toda participación, actuaron a lo más de miembros distinguidos del servicio de relaciones públicas. En el devenir histórico de nuestra monarquía se ha pasado por diversas fases y hemos llegado poco a poco a transformar al rey en una entelequia llena de funciones más decorativas que efectivas, que están más en el papel que en la torre de mando donde se encuentran, como dicen los franceses «les leviers de com-mande», y esto hay que remediarlo si queremos mantener una Monarquía fuerte y sana capaz de resistir los embates de un futuro incierto.